

R. DE ZAYAS ENRIQUEZ.

PRIMAVERALES.

Ya he visto las golondrinas
 Volver á mi chimenea
 Pidiendo hospitalidad.
 Al pasar por mi ventana
 Se detienen, y parecen
 Preguntarme:—«¿Cómo vá?»

Luego me muestran la prole
 Que naciera en medio día,
 Bajo otro cielo, otro sol;
 Y yo á mi vez les enseño
 Un rubio niño en mis brazos,
 Que en el invierno nació.

No temais al pequeñuelo,
 Que nunca irá vuestros nidos
 Insensato á perturbar;

También será amigo vuestro,
 Y partirá con vosotras,
 Alegre, migas de pan.

Y cual yo, verá con pena
 Vuestra partida, el anuncio
 Del invierno aterrador;
 Y os dará la bienvenida,
 Mensajeras del verano,
 Lo mismo que yo os la doy.

FRANCISCO SOSA.

LA VUELTA DE LA PRIMAVERA.

A B***

Al beso de las pardas golondrinas
Gozosa despertó la primavera,
Y su manto de flores la pradera
Vistió al punto que huyeron las neblinas.

Del arroyo las aguas cristalinas
Murmuran con placer, y vocinglera
Entona el ave su canción primera
Al abrirse las rojas clavellinas.

De tus ojos así la luz ardiente
Mi corazón sintió cuando dormía
Tras largas horas de gemir doliente.

Devuelves á mi pecho la alegría,
La inspiración devuelves á mi mente,
Y te bendigo, primavera mía.

MANUEL CABALLERO.

EL VIENTO Y LA ROSA.

—Rosa, despierta, que ya la aurora
Ornó su frente con el lucero,
Mira qué hermoso despunta el día,
Rosa, despierta, yo soy el viento.

Ya la mañana que se aproxima
Astros ofusca con sus reflejos,
Yo vengo ansioso de tu perfume
A darte en cambio todo mi aliento.

De esas gotitas que te coronan
Ó que descansan sobre tu seno,
Yo no he querido que te despojes
Si á despertarte voy con un beso.

Despierta, rosa, que viene el día,
Abre tu caliz y mira al cielo.
¡Cuántos celajes en el Oriente,
Cuántos fulgores en el lucero!

Ayer naciste y al ocultarme
Entre las ramas del bosque espeso,
Con tu hermosura temblé de amores,
Pasé la noche velando inquieto.

Mas ya del alba la luz rosada
Avanza en ondas pintando el cielo,
Despierta, rosa, con mis suspiros,
Rosa, despierta, yo soy el viento.

* * *

—Nací en la tarde y apenas pude
Sentir del rayo de luz un beso,
Cuando la noche tendió callada
En torno mío su manto negro.

Yo pude verte cuando jugando
Fuiste á ocultarte, del bosque espeso
Entre las flores de la magnolia,
Y entre las hojas de los enebros.

Y no he dormido, porque temblando
Creí escucharte, lejos, muy lejos,
Mintiendo arrullos entre el follaje,
Las claras linfas rizando inquieto.

Y entre los ecos de tus rumores,
Cerca, muy cerca, vibraba un eco
Con que las almas de flores muertas
Iban llorando su desconuelo.

Todas cantaron historias tristes,
Todas tuvieron tristes lamentos,
Todas hablaron de sus amores,
Todas lloraron con sus recuerdos.

¿Ves estas gotas como diamantes
Que están temblando sobre mis pétalos?
Son de esas almas el tibio llanto
Que derramaron sobre mi seno.

Mas vino el alba y entre las sombras
Las pobres almas fueron huyendo . . .
Tú no dormiste . . . ni yo tampoco . . .
Pero no me ames . . . que tengo miedo . . .

—¿Qué tienes, rosa?—Como esas almas
Vagar llorando tu olvido temo . . .
Mi aroma es puro, mas no lo aspire,
Que marchitarme puede tu aliento.

Yo pude oírte que entre las hojas
Toda la noche vagaste inquieto,
Y al escucharte que murmurabas,
Sobre mi tallo temblé de celos;

Gira, si quieres, en torno mío,
Dame de tu alma todo el anhelo,
Dame tus cantos y tus suspiros,
Dame esperanzas, mas no tus besos.

1020006062

Tembló la rosa sobre su tallo;
 Giró en su torno callado el viento,
 Y ella . . . pensaba . . . «si él fuera mío!»
 Y él suspiraba . . . «si fuera tiempo!»

La historia dice: que ya más tarde
 El viento pudo con embeleso
 A aquella rosa tímidamente,
 Decir al paso dulce secreto.

Y desde entonces tarde por tarde
 Su aroma daba la rosa al viento
 Y él no besaba ya las magnolias
 Ni iba jugando con los enebros.

SALVADOR DIAZ MIRON.

PRELUDIOS.

Fragmentos de un libro.

I.

Los árboles, al sentir
 La ráfaga, se doblegan,
 Y tal parece que bregan
 Por desprenderse y huir!
 Caos de plata y zafir
 Que la vaga niebla esfuma,—
 Las olas entre la bruma
 Hierven, se encrespan, batallan,
 Y son volcanes que estallan
 En explosiones de espuma!

Fulgurante culebreo
 Que rasga el negro capuz;—
 Trémula grieta de luz
 Que simula un parpadeo;
 Repentino centelleo
 Que fascina y amedrenta,—
 El relámpago revienta,
 Y, á los ojos del pavor,
 Es un gesto de furor
 En la faz de la tormenta!

Desde el fondo del follaje,
 Plañidera algarabía
 Responde, en la sinfonía
 Del viento y del oleaje,
 Al trueno, fragor salvaje
 Que rueda, retumba, aterra,
 Cual si en formidable guerra
 Titanes de ferreos brazos
 Rompieran en mil pedazos
 El cielo sobre la tierra!

II.

Al influjo creador,
 El firmamento es abismo,
 El planeta es cataclismo
 Y el espíritu es dolor!
 En mí y á mí alrededor,

Palpita el astro que hiere!.....
 Y, voz de cisne que muere,
 Mi acento crepuscular
 Canta y llora, y es al par
Te Deum y Miserere!

Soy la larva que procura,
 En su carcel azarosa,
 Convertirse en mariposa
 Y esmaltar el aura pura!
 Soy la linfa siempre oscura
 Que ama el sol canicular,
 Porque quiere arder, brotar
 Del pantano que la estanca,
 Trasformarse en nube blanca,
 Ser espléndida y volar!

Soy la cumbre cuyo anhelo
 Es mover un cráter roto,
 Y, en medio de un terremoto,
 Lanzar su erupción al cielo!
 Soy el aterido suelo
 En que el nuevo abril germina!
 Soy la rama que se inclina,
 Mientras un pájaro en ella

Mira con ansia una estrella
 Y despliega el ala y trina!

III.

En las garras del dolor,
 El hombre, que es polvo vil,
 Se eleva. como el reptil
 Asido por el condor!
 El fuego exterminador
 Trueca la arena en cristal,
 Y, de la goma oriental,
 —Aspera y acre resina—
 Hace la esencia divina
 Que perfuma el ideal!

El numen—virtud suprema
 Que el mundo insulta y aclama—
 Es una llama, y la llama
 Resplandece, pero quemal
 Bajo un sublime anatema,
 El genio, foco y crisol,
 Sube, envuelto en su arrebol,
 Hasta el zenit de la gloria,
 Y, luminar de la historia,
 Sufre el tormento del soll

IV.

Seres-faros que, al lucir,
 Teneis por fuerza que arder,
 Cumplid con vuestro deber.
 Alumbrad hasta morir!

Luchad por el porvenir,
 Alzados sobre la insidia,
 Que ni triunfa quien no lidia,
 Ni es grande el que se levanta
 Sin sentir bajo su planta
 El pedestal de la envidia!

No hay en el campo una flor
 Que, sin un huesped voraz,
 Sea, en el aura fugaz,
 El aroma y el color!
 Agresivo mediador
 Que ese doble halago hechiza,
 El insecto se desliza.
 Y, en su misión errabunda,
 Devora, pero fecunda;
 Mata, pero inmortaliza!

El iris, claro dosel,
 Tras la borrasca violenta;
 Despues de la lid sangrienta,
 La corona de laurel!
 Oh Humanidad! Oh Israel!
 El bien prometido es cierto!
 Mas Canaán es un huerto
 A donde no ha de llegar
 Quien no sepa atravesar
 El Mar-Rojo y el desierto!

AGUSTIN F. CUENCA.

A orillas del Atoyac.

A UNA ONDA.

Pasa como mis sueños delirantes,
Fugaz como mis dichas engañosas,
Esmaltando los mimbres elegantes,
Besando las acacias olorosas.

Llorando pasa cual mi vida triste,
Hija del sol que en las perpetuas nieves
De reflejos y lágrimas hiciste
Tu manto azul y tus encajes leves.

Pasa bajo las palmas cimbradoras
Que sombra dan á tus revueltos giros,
Onda de las espumas brilladoras
Que ruedas desgranándote en zafiros.

Pasa y lleva á regiones apartadas
Tus ritmos y tus luces refulgentes,
Esquife de las rosas deshojadas,
Camarín de las náyades turgentes.

A mi me deja contemplando á solas
Lejos del patrio hogar y de los míos,
Cómo al fuego del trópico arrebatas
La pompa de tus regios atavíos.

Cómo voluble tu furor aquietas,
Cómo el cielo purísimo retratas,
Cómo el iris se quiebra en tus facetas,
Y radiante y azul, pérfida matas.

Cómo creciendo tu rumor sonoro
Te rompes ciega en el peñón salvaje
Y avientas tus moléculas de oro
Entre las esmeraldas del ramaje.

Y calla el son de tu lamento triste,
Y apresurado tu correr violento
De púrpura otra vez el sol te viste
Y tus espumas encarruja el viento.

Y suspiras, y cantas y recreas
Flores y palmas, y tu ritmo ensaya
El dulce epitalamio antes que seas
Salobre tumbo en la marina playa.

Oh! cuál reflejas el vivir mundano;
 Como tú tiene luz, amor, canciones,
 Tiene cauce de flores y va ufano
 Rumbo á la tempestad de las pasiones.

Ni retrocede á los pasados dias,
 Ni para nunca á recobrar aliento,
 Ni vira en las vorágines sombrías
 El timon de su eterno movimiento.

Desgarra como tú su vestidura
 Del camino en los ásperos breñales;
 Tiene el ímpetu audaz de tu bravura
 Y la fragilidad de tus cristales.

Pasa y me deja en la ribera agreste
 A solas viendo en mi quietud sombría,
 Cómo lleva tu clámide celeste
 Luces que tiene la esperanza mía!

Cómo las ilusiones que me faltan
 Són, si vislumbro su fulgor escaso,
 Como las flores que tu seno esmaltan
 Sin aromar el cristalino vaso.

Pasa y corre fugaz, embravecida
 A otro valle, á otros montes á otros ríos,
 Irónica parodia de mi vida,
 Brillante imagen de los sueños míos!.....

Cuántas nácares nubes, cuántas flores...
 Al sol dibuja tu radiante velo,
 Esclava de los vientos bramadores
 Que vas al mar y subirás al cielo!

Cuánto refleja tu cristal hirviente
 Que preso corre y entre guijos huye,
 La volcánica vida que á mi frente
 La sangre agolpa y por la arteria fluye.

Cuánto las rocas tu furor golpea;
 Cuánto bate mi sien con fuerza vana
 La onda refulgente de la idea
 Que busca el mar de la palabra humana.

Libre siguiendo tu fatal camino
 Cuánto mi libertad vas remedando,
 Pues caída en el cauce del destino
 Sin poderlo torcer lo vá cruzando.

Sér misterioso que del llanto naces
 Y con lágrimas sólo te engalanas,
 Mis dichas son como tu luz, fugaces,
 Mis quejas sen como tu pompa, vanas!

.....

El sol se vá, y al declinar el vuelo,
 De su fausto imperial haciendo alarde,

Con ametistas sujetó en el cielo
Los velos transparentes de la tarde.

Onda clara, onda azul, onda turgente
Que de este valle tu rumor alejas
Y te lanzas al mar, indiferente,
É indiferente á mi dolor me dejas,

Léjos ya de estas ramblas arenosas
Otro cielo refleje tus cambiantes,
Otras aves te adulen y otras rosas
Beban en tu salpique de diamantes.

¡Adios! yo quedo en mi dolor pensando
Que eres fugaz como la vida triste,
Pues viéndote venir, fuiste pasando,
Y viéndote pasar desapareciste.

MANUEL ACUÑA.

A LA LUNA.

AL SR- D. MANUEL J. DOMINGUEZ.

¡Oh luna, blanca luna,
Que desde el cielo viertes tus fulgores
A despecho de todos los vapores
Con que la negra noche te importuna;
Yo sé que al permitirme la confianza
De que á abusar cantándote me atrevo,
Antes que hablar de otra cosa debo
Darte una explicación de mi tardanza;
Pero sabiendo, porque así lo he visto,
No recuerdo en qué parte,
Que tú eres noble generosa y buena
Con todos los prosélitos del arte,
Entre los que me inscribo al protestarte
Que nada hay que sin tí valga la pena,
Dejo los cumplimientos

Y las escusas fútiles y vanas
A fin de aprovechar estos momentos;

Que tu al ver que en mis labios
Se agita el estro y mi silencio trunca,
Recordarás que el vulgo y aun los sabios
Dicen *que vale más tarde que nunca,*

No, mira tú: desde hace mucho tiempo
Pensaba yo en venir á saludarte,
Y hasta recuerdo que salí una noche
Sin más objeto que ese;
Pero aunque el muy ilustre Ayuntamiento
Me hizo creer que en el cielo te hallaría,
Tú, que probablemente estabas mala,
Te ocultaste y me diste una antesala
Que me pesa en el cuerpo todavía.

Esto no te lo digo
Por lanzarte una pulla ni un reproche;
Pero este negro bosque me es testigo
De que no más que por hablar contigo
Me anduve por aquí toda la noche.
Lo mismo que otra vez, ya no recuerdo
Si fué en Abril ó en Mayo... suspirando
Por verte frente á frente
Y á tu lado pasar la noche entera.
De modo y de manera
De estar sólos y lejos de la gente,

Vengo, y tú que sin duda me creiste
Algún gemidor de esos
Que por que está desesperado y triste
Ya quiere que le des un par de besos,
No bien tras de estos álamos me viste,
Que escondiéndote en medio de las nubes
Cerraste tu balcón y te metiste.

Y la verdad que si esa fué tu idea
Ante mi aparición inoportuna,
Por mi vida te juro y te respondo
Que te llevaste el chasco mas redondo
Que te has llevado desde que eres luna;
Pues aunque ya á mis años
Se usa entre los humanos corazones
Contar los sufrimientos á montones,
Y á montones también los desengaños,
Yo que tanto he sufrido
De existencia en la carrera corta,
Te convicción íntima y grande
Te le importa,
¿Hay quien me lo mande;
¿Los abrojos
¿Me atrevo,
¿Mis ojos
¿Me la bebo.
¿Sería
¿En tales horas,

Para llamarte solitaria ó fría,
 Y cometer así una grosería
 De esas que no perdonan las señoras.
 Aparte de que á tí, si no me engaño,
 Te debe de importar muy poca cosa
 Que en la vida enojosa
 Camine el goce junto con el daño,
 Así como que al tiempo de las flores
 Siga el invierno nebuloso y frío,
 Ó que en las tibias noches del estío
 Disminuyan de fuerza los calores,
 Cosa que á muchos saca de su casa
 Por tener de decírtelo el orgullo,
 Cuando todo eso en realidad no pasa
 De ser una verdad de *Pero Grullo*.

Y sin mentar personas,
 Por *allí* anda la ilustre Avellanea
 Que en paz duerma en su lecho de
 Que sin mirar que tú, rueda que, r
 Maldito el caso que del tiempo
 Ella al són de sus mágico y contigo
 Te delataba á ese lady a noche.
 Que tantos goces con a no recuerdo
 Sin oír que su espoyo... suspirando
 La llamaba en un te
 Después de registrar la noche entera.

Y el sin iguala
 os de la gente,



PQ
.A
P3